

# Piñochino

SEMANARIO INFANTIL

NUM. 12.

10. MAYO  
1925.

BIBLIOTECA  
MUNICIPAL  
MADRID



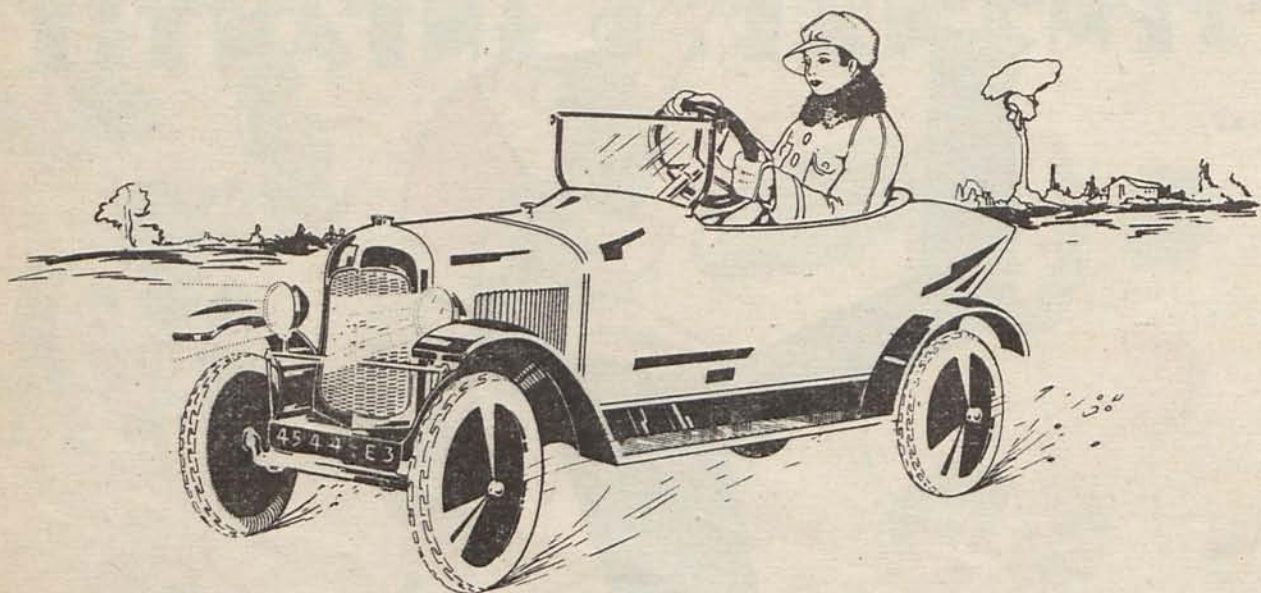
30  
Cénts.



# PINOCHO ES GENEROSO

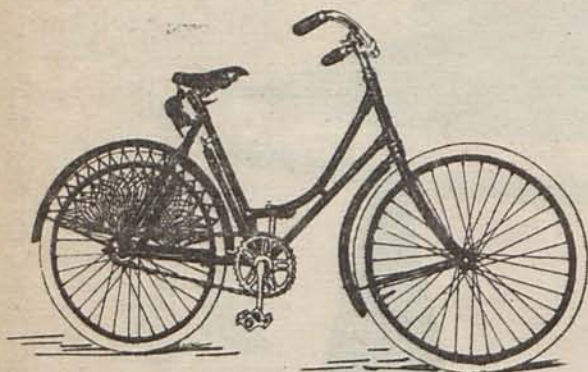
Y REGALA A SUS AMIGOS LOS «PINOCHISTAS» TODOS ESTOS  
PRECIOSOS JUGUETES, QUE VALEN ¡5.000 PESETAS!

NO DEJEIS DE SUSCRIBIROS A "PINOCHO" HOY MISMO

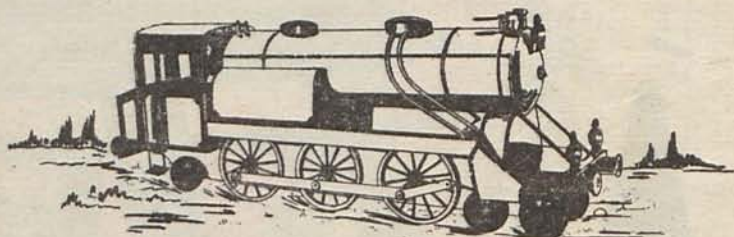


**Dos colosales automóviles «Citroën».**

Con frenos, faros eléctricos, parabrisas giratorio, neumáticos Michelin, «confort», bocina, aceitera, llave inglesa, bomba, goma y disolución para reparación de averías.



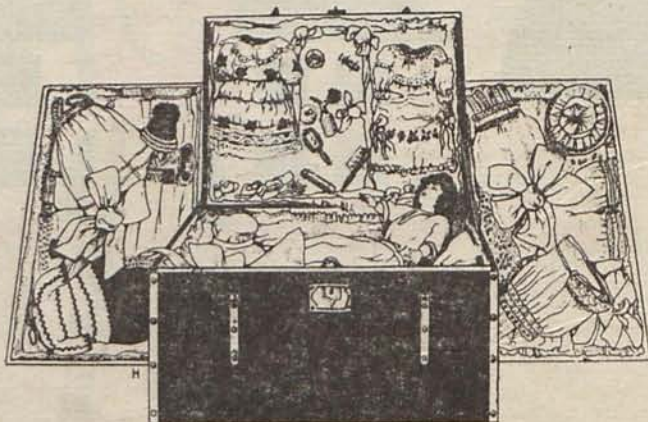
**Dos estupendas bicicletas para niño  
o para niña.**



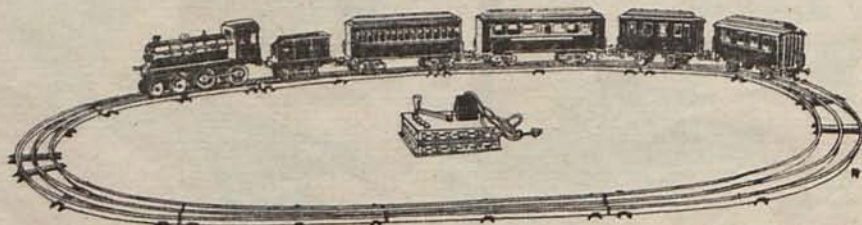
**Dos formidables locomotoras con cuerda  
que marchan a gran velocidad.**



**Tres magníficos triciclos con cadena  
de transmisión.**



**Una magnífica muñeca con su  
«trousseau» completo.**



**Un tren eléctrico con reostato para graduar su velocidad.**



# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

DIRECCION Y ADMINISTRACION

CALLE DE VALENCIA 28

MADRID

TEL. 204-M — APART. 447

ED. "SATURNINO CALLEJA". — DIR. S. BARTOLOZZI.

ADMINISTRACIÓN CIERRE Y TALLERES } SAN-SEBASTIÁN | ADMINISTRACIÓN CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES } MADRID.



AÑO I

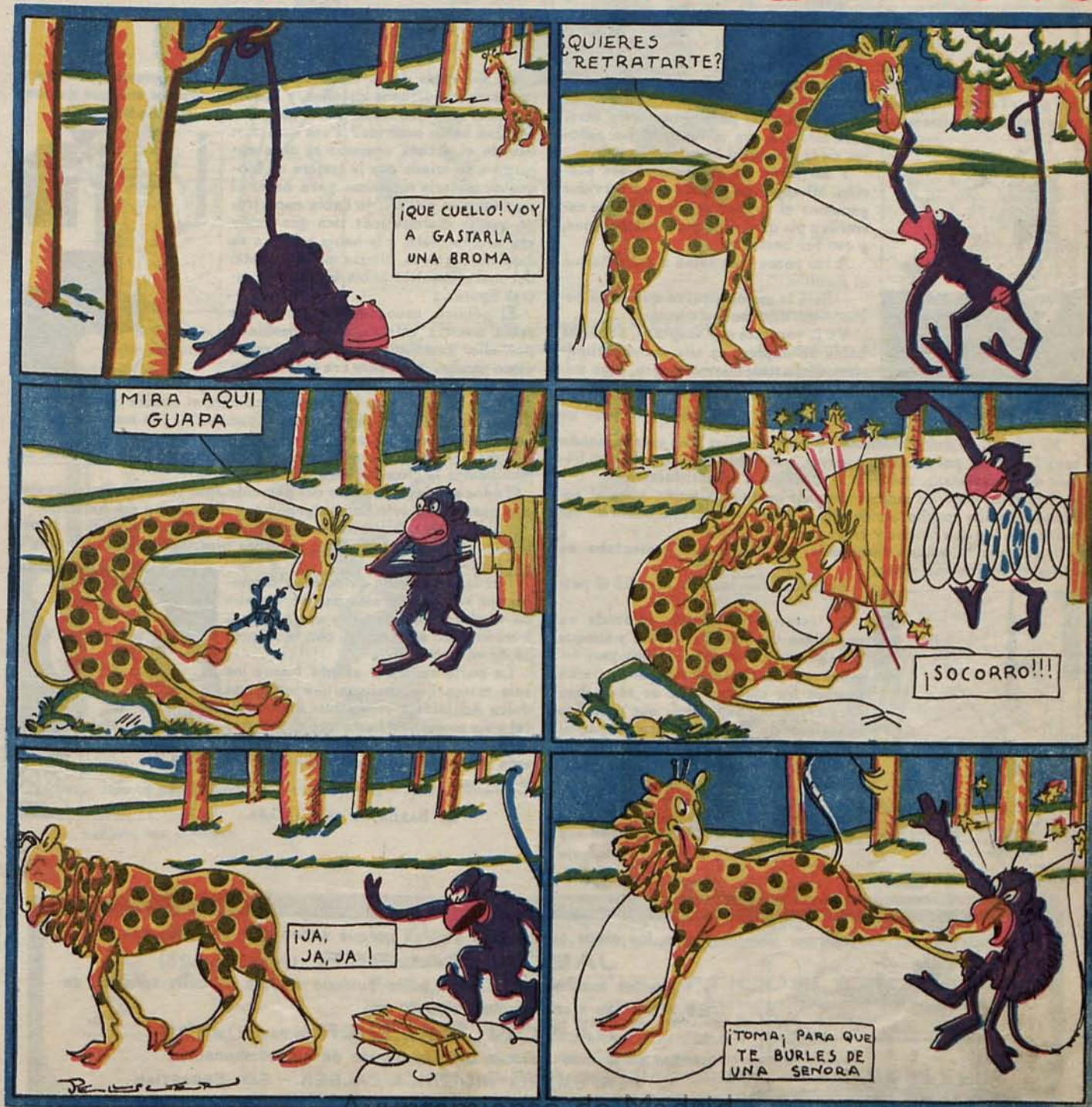
NÚMERO XII

Precios de suscripción: AÑO..... 15 pesetas  
SEMESTRE..... 7,75 --

NÚMERO CORRIENTE, 30 CÉNTS.

NÚMERO ATRASADO, 40 CÉNTS.

## LA GIRAFA ACORDEON





# CURIOSIDADES

## UNIDOS HASTA LA MUERTE

Acaba de hacerse un descubrimiento cariosísimo en el bosque de un país lejano. Se trata de dos cadáveres de ciervo, cuyas astas, completamente entrelazadas, hacen un conjunto inextricable. Ambos animales pertenecen al género masculino, es decir, al género batallador. Se sabe que los ciervos, siempre apacibles y tímidos, en ciertas épocas se convierten en animales peligrosos, incluso para el hombre. Corren, entonces, los ciervos en todas direcciones, y en el campo retumban las grandes voces de aquellos animales. Si encuentran, en esos momentos, a un semejante, la batalla se entabla inmediatamente; batalla que no termina de otra forma que con la muerte de uno de ambos ciervos.



En el caso de que nos ocupamos, las astas de los animales que luchaban se entrelazaron de tal forma, que hubieron de permanecer unidos, aunque horriblemente furiosos. ¡Qué luchas, qué esfuerzos no harían estos animales para conquistar ambos su libertad!... Pero todo imposible. Ellos perecen, al fin, por cansancio y por hambre. Al encontrar los cadáveres de las víctimas, los cuernos de éstas estaban tan unidos y entrelazados, que ha sido imposible separarlos. Y esas cabezas, tan originalmente encontradas, han sido enviadas a un museo de New-York, donde figuran en el mismo estado que podéis ver en el dibujo de esta plana.

o o o

## NUEVAS AVENTURAS DEL BARON DE LA CASTAÑA

### EL MONUMENTO

Fué tal el éxito que tuvo el monumento que me erigieron por lo del pez «Torrija» que los habitantes de San Francisco pensaron en aprovechar la primera ocasión que hubiese para levantarme otro,



pero esta vez con mi esposa; las señoras de la localidad lo exigieron así.

Y no tardó en presentarse esa ocasión. Mi angelical esposa y un servidor ganamos el primer premio de unas carreras a pie que había para matrimonios, y eso fué bastante.

A los pocos días venía a consultarme el escultor.

—Será la mejor estatua que se ha hecho —me dijo modestamente.

Yo le contesté que aceptaba, pero que había de emplear en ella materia riquísima: alabastro, mármol negro, algo así.

—En materia riquísima, señor Barón,

de la más rica que haya —me respondió.

Y comenzaron los trabajos.

Mi esposa, la dulce Adelaida, que en aquellos días estaba siendo muy felicitada por su última proeza, que había sido derribar un búfalo de un puñetazo, también se asociaba a mi satisfacción.

Servimos, pues, de modelo durante bastante tiempo, pues el escultor tardaba mucho en dar fin a su obra: quizás a causa de ser manco de los dos brazos y ciego de los dos ojos.

Pero cuando estuvo terminado, el monumento presentaba un hermoso golpe de vista.



Entonces fue cuando sucedió el percance.

La estatua había sido colocada en una plaza de mucho tránsito, y aunque la habían cubierto con una lona para esperar al día de la inauguración, eran muchos los curiosos que se acercaban para verla: se puede decir que todo San Francisco de California desfiló por el monumento y lo besuqueó, pues el entusiasmo por mi persona llegaba a tanto, que los honrados transeúntes se acercaban a la estatua y posaban sus labios largo rato en mi figura o en la de mi esposa...

Un día antes de la fecha fijada para la inauguración, fuimos a preparar los últimos detalles, y nos encontramos con que del monumento sólo quedaban restos menudos y sucios de barro.

¿Qué había ocurrido? Pues un error: cuando el artista comenzó su obra encargó a su criado que le trajera un bloque de materia riquísima para hacer el monumento; y el criado había encontrado que la materia más rica que había era el chocolate, y le había traído a su amo un hermoso bloque de chocolate, del cual el escultor había formado nuestras figuras...

El público, conociendo lo bien que sabía nuestra estatua, había desfilado por ella, comiéndonos, poco a poco, como caníbales. El caso era grave, y urgía una idea mía...

Al día siguiente, se inauguró la estatua; el alcalde de California recorrió el lienzo que cubría el monumento, y la multitud emitió un rugido de entusiasmo.

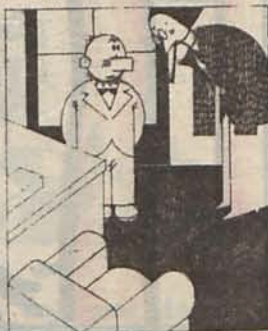
Sobre el pedestal, mi esposa y yo, en inmovilidad absoluta, simulábamos la obra del escultor.

Todos se entusiasmaron del parecido que tenían los personajes con nosotros, y sólo hubo algunos que discutieron ese parecido.

El autor fue felicadísimo, y mi esposa y yo vimos cómo la población en masa desfilaba a nuestros pies, haciéndonos un elogio cada uno.

Por la noche hubo quien intentó comprobar si también esta vez se trataba de «materia riquísima», y nos pegó un bocado, pero se encontró con la sorpresa de un puntapié...

La parte mala del asunto fueron los seis meses que tuvimos que estar, mi dulce Adelaida y yo, encima del pedestal y sin movernos, hasta que el escultor terminaba, a toda prisa, el monumento, esta vez en piedra, que había de substituirnos.



EL BARÓN DE LA CASTAÑA.

Todos los niños se levantan alegres porque saben que les lavan con

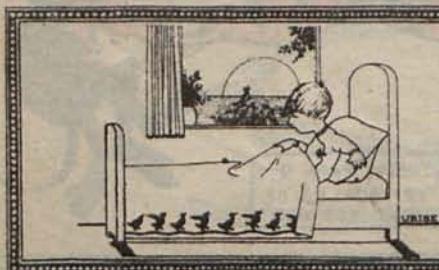
**JABÓN CALBER** (PASTILLA 1,25)

y todas las madres deben tener buen cuidado de que el cutis sensible de los niños sea lavado exclusivamente con

**JABON CALBER** (PASTILLA 1,25)

porque es el más indicado dada la pureza de los componentes.

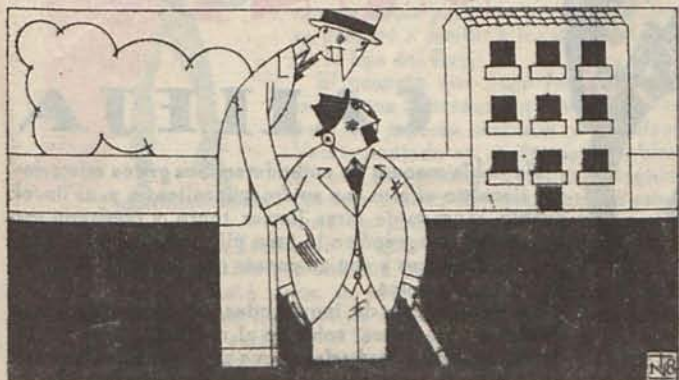
PERFUMERIA HIGIÉNICA CALBER. — SAN SEBASTIAN



Ayuntamiento de Madrid



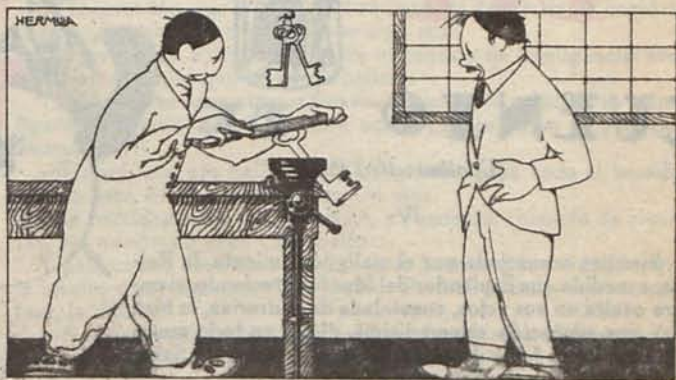
# CHISTES



*El señor bajo.*—¡Ay, D. Fulgencio!, de buena gana me cambiaba por usted.

—¿...?

—Porque el médico me ha recomendado un clima de altura.



—¿Qué haces, Emeterio?

—¡Ya ves!



¡Ya me la he cargado!! Van a creer otra vez que he sido yo.

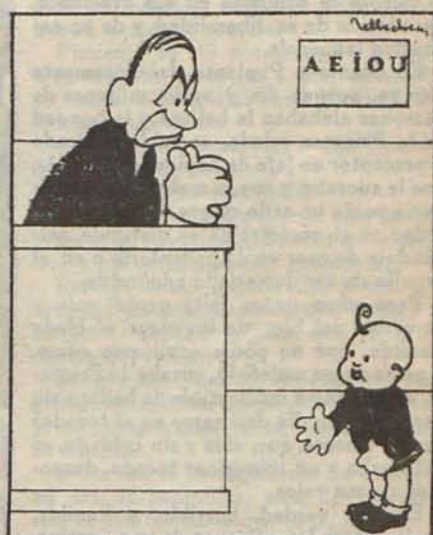


—A ver, Luisito. ¿Dónde está la Mancha?

—Ya no está en ninguna parte.

—¿Cómo es eso?

—Porque ayer estaba en el gabán de mi papá; pero se la quitaron anoche con bencina.



*El maestro.*—El perro es fiel y el gato es falso; ahora póngame un ejemplo de la falsedad del gato.

*El niño* (que es hijo de un fondista).—En mi casa pasa por liebre.



—¡Pero, señora Juana, qué dos chicos más igualitos tiene usted! ¿Son gemelos?

—No, señora; son botones.



—¿Qué haces aquí, rico?

—Pues que mi madre me ha dicho que no atravesase la calle hasta que hayan pasado todos los tranvías, y como todavía no ha pasado ninguno...



## POLVOS ANTISÉPTICOS CALBER

son el mejor amigo de los niños que los priva de ESCOCIDOS, IRRITACIONES DE LA PIEL, GRANOS, SARPULLIDOS, etc., etc.

## POLVOS ANTISEPTICOS CALBER

son admirables para después del baño y extraordinariamente refrescantes. Los recomiendan millares de médicos y los usan millares de madres para su bebé.

Están premiados en la EXPOSICIÓN FARMACÉUTICA Y DE HIGIENE y nada se ha descubierto hasta hoy, ni más aséptico, ni más agradable para el cutis.

PERFUMERIA HIGIÉNICA CALBER. — SAN SEBASTIÁN.



# LA PRINCESA MAS FEA DEL MUNDO

## CUENTO DE

(Continuación) (1).

IV

Siempre aconsejada por el maligno Pimienta, la Reina, a medida que Esplendor del Mar fue creciendo, siempre oculta en sus velos, constelada de pedrerías, la hizo dar una educación esmeradísima, digna en todo punto de superar la fama de la erudita Balki, reina de Saba, y aun la del mismo Salomón.

Tuvo la Princesa profesores de todas las ciencias conocidas y de muchas cuyo secreto se ha perdido. Aprendió todos los idiomas, incluso el de las aves, cuyo canto eclipsaba con su voz, tan maravillosa, que hasta el mismo Sol se paraba y las olas del mar detenían su ir y venir para escucharla embelesadas. Al mismo tiempo su corazón desbordaba de todas las virtudes y el pueblo la bendecía en sus oraciones, agradecido de su liberalidad y de su caritativa influencia.

En cuanto a Pimienta, fabulosamente rico ya, porque día y noche millones de personas alababan la belleza y la bondad de la Princesa velada, se había dedicado a preceptor en jefe de Esplendor del Mar, que le adoraba, y con su malicia extraordinaria ponía un sello de gracia y de humanidad en el carácter de su discípula, salvándola de caer en la pedantería o en el orgullo de ser demasiado admirada.

Pero como nunca falta gente mala y envidiosa del bien de los otros, el Hada Ranilde, que no podía explicarse cómo, a pesar de su maleficio, gozaba la Princesa de una fama indiscutible de belleza sin par, logró un día deslizarse en el tocador de la Princesa, que, sólo y sin cuidado, se entregaba a un minucioso tocado, despojada de sus velos.

Era, en verdad, horrible, y Ranilde, oculta entre los pliegues de una cortina, se devanaba los sesos sin hallar la clave del enigma. La Princesa era monstruosamente fea, algo así como una enorme rana cubierta de pústulas, con los ojos saltones y la boca redonda y de labios verdes. Su traje, de brocado de plata, bordado de plantas de agua, hacía resaltar más aún el espanto de su fealdad de pesadilla, a pesar de su maravillosa cabellera de oro verde y del brillo de inteligencia de sus pupilas.

Tan abstraída estaba la infame Ranilde, que no notó que la vista de la Princesa, acostumbrada a leer los secretos de los astros y a seguir el vuelo de los pájaros en la noche, la había descubierto en su escondite.

—¡Pobre animalejo! —exclamó la Princesa, con una voz tan armoniosa como el sonido de un laúd oriental—. ¿Cómo habrá llegado hasta aquí? Menos mal que nadie le ha visto, porque es tan repugnante que le hubiesen matado de seguro, sin pensar en que tal vez tiene un alma...

—¡Y mucho mejor que la tuya, presumida! —gritó Ranilde, furiosa al verse compadecida—. ¡Y hasta de mejor familia; y en cuanto a fea, ya se conoce que no tienes un espejo, porque se hubiese rajado de seguro!

Sin parar mientes en el insulto, Esplendor palmoteó:

—¡Qué cosa tan rara! ¡Una rana que habla! ¡Voy a llamar a Pimienta, a ver qué le parece! ¡Pimienta! ¡Ven corriendo!

Al oír esto y ver llegar al duende con un gabán nuevo de terciopelo color guinda y un sombrero de flores, Ranilde, en cuatro saltos, se aproximó a la ventana abierta sobre el parque, y antes de lanzarse al suelo gritó, furibunda:

—¡Ya verás, a pesar de las patrañas de ese embustero vividor, qué pronto sabrá el pueblo que la princesa Esplendor del Mar es la más fea del mundo!

Y desapareció de un salto.

V

El pueblo estaba amotinado. Desde hacía una semana todas las ranas de los estanques, de los arroyos, del río, de los charcos, cantaban día y noche sin parar:

¡La Princesa es fea, fea,  
y es tonto el que no lo crea!

(1) El principio de este cuento se ha publicado en nuestro número anterior.



No había manera de entenderse. Sus gritos misteriosos llenaban el aire con su croar insultante; y, al fin, el pueblo, cansado de oírse llamar tonto, y temiendo ser engañado, se agrupó en la gran plaza al pie del castillo, pidiendo a voces y con amenazas que le mostrasen a la Princesa, sin velos.

La Reina, llena de inquietudes, llamó en seguida a Pimienta para buscar solución al conflicto. Y el astuto duende mandó a las esclavas que vistiesen a la Princesa con su más rico traje y la adornasen con todas las pedrerías del tesoro real.

Aún más fea que nunca estaba Esplendor del Mar, vestida con una túnica de oro bordada de monstruos marinos, de esmeraldas y zafiros, coronada con una altísima tiara de brillantes, de la que colgaban doscientos hilos de perlas y de aguas marinas, y en torno a su papada de sapo, los siete collares de esmeraldas de la reina del Fondo del Mar, su madrina. Pero nadie la veía más que Pimienta y la Reina, porque las esclavas habían huido, temiendo quedar ciegas si veían la belleza de la Princesa.

El corazón de la reina Maravilla se angustió al ver que el duende abría el gran ventanal que daba sobre la plaza, negra de gente amenazadora.

—Cuando yo diga una, dos y tres —dijo el duende—, haréis asomarse a la Princesa sin temor alguno. Yo respondo del resto.

Y bajó dando saltos a la plaza, cada vez más llena de una multitud vocinglera. Había allí gente de todas condiciones, y los vendedores de gafas ahumadas hacían gran negocio, porque muchos temían el esplendor de la Princesa. Otros miraban a través de cristales de colores, y muchas mujeres se ocultaban detrás de velos verdes.

—¡Parece que están observando un eclipse! —pensó el duende, burlón, que aprovechó las apreturas para pellizcar una pantorrilla de la generala Espantamosca, que estaba contando chistes en un corro, y pisar al mismo tiempo a la condesa de la Torrehumada en uno de sus numerosos y antiguos callos. Y luego, ya encaramado en un árbol, frente al balcón del palacio, gritó:

—¡Una, dos y tres!

Y al mismo tiempo que aparecía Esplendor del Mar, dirigió hacia ella el reflejo deslumbrante del sol en un espejo que llevaba en su mano. Todas las pedrerías arrojaron una luz tan cegadora, que Esplendor apareció tan aureolada de fuego y de rayos que no podía distinguirse su rostro. Un grito de asombro y de terror salió de la multitud, que se arrojó al suelo, con los ojos cerrados, temiendo perder la vista.

Quando los abrieron de nuevo, todos veían círculos de fuego verde, rojo, amarillo, y la Princesa seguía deslumbrante, como una antorcha maravillosa.

—¡Por piedad! ¡Cubridla con los velos! ¡Perdón! ¡Perdón! —gritó el pueblo, aterrado, mientras Pimienta reía satisfecho y la infame Ranilde se tiraba de los pelos.

Al día siguiente todas las ranas, envenenadas por la multitud vengativa, flotaban, barriga al aire, en los estanques y los charcos.







Cuando la Princesa cumplió quince años, el Rey pensó en casarla, y de nuevo la Reina tembló, temiendo que descubriesen su superchería. Pero Pimienta, el fabulosamente rico Pimienta, porque la fama de la belleza de Esplendor del Mar crecía de día en día, aseguró que no había peligro alguno. Y la corte se preparó a recibir a los pretendientes de la hija del Rey.

El primero que llegó fue el Rey de la Mañana Sonrosada, que era hermoso, pero de aspecto malvado y orgulloso. Venía montado en un dromedario blanco con las pezuñas doradas y seguido por una escolta de guerreros con armadura de plata y lanzas de diamantes.

Entró en la sala del Trono, en la que los Reyes rodeaban a Esplendor del Mar, vestida con una túnica de perlas y de plumas rosas y envuelta en siete velos, de siete colores de rosa y constelada de flores de coral. Después de ofrecerla siete cofres de cristal llenos de diamantes, exclamó:

—¡Oh poderoso Rey! A pesar de la fama inmensa de la Princesa Esplendor del Mar, no me casaré si no levanta sus velos, aunque sólo sea el tiempo de un abrir y cerrar de ojos.

Pero la Reina replicó altivamente:

—Vuestra duda descortés nos ofende. Por lo tanto, os negamos la mano de nuestra hija.

Y el cortejo del Rey de la Mañana se alejó.

Los clarines anunciaron la llegada de la comitiva del Rey de la Noche. Era un cortejo compuesto de tres mil jinetes, con armaduras de azabache, empenachados de plumas negras y montados en tortugas gigantes. Y en un palanquín de ébano con estrellas de plata venía el Rey de la Noche, anciano y ciego, pero lleno de majestad.

—¡Qué suerte! —pensó Pimienta—. Por lo menos con éste no hay cuidado de que piense ver a la Princesa.

Pero el Rey de la Noche, después de ofrecer a la Princesa cien cofres de amatistas llenos de piedras de luna, exclamó:

—¡Oh poderoso Rey! A pesar de la fama de la Princesa Esplendor del Mar, no me casaré si no me dejáis pasar mis manos sobre su rostro, aunque sólo sea el tiempo de un abrir y cerrar de ojos.

Pero la Reina replicó altivamente:

—Vuestra duda descortés nos ofende. Por lo tanto, os negamos la mano de la Princesa nuestra hija.

Y el sombrío cortejo se alejó.

Una música de guzlas anunció el último cortejo, el del Emperador del Sol Poniente. El Rey de las Islas de Coral dijo severamente a la Reina:

—Esposa mía: Si de nuevo negáis la mano de nuestra hija, yo mismo la arrancaré los velos para aclarar este misterio inexplicable.

La Reina tembló de nuevo; pero Pimienta susurró a su oído:

—No tenga Su Majestad cuidado.

A pesar de que él mismo no las tuviera todas consigo.

El Emperador del Sol Poniente era un hombre ya de edad madura, lleno de sabiduría y de prudencia; su comitiva sobrepujaba en esplendor y variedad a la de los otros reyes. Y sus regalos eran sorprendentes. Traía en una jaula un pez que cantaba y hablaba en siete idiomas. Un enano llevaba una esmeralda mágica, de un tamaño colosal, y otro una perla azul del tamaño de un melón. Una esclava india traía el único pájaro que vive en el fondo del mar. Tras ella tres sacerdotisas llevaban los cofres de amuletos del Rey Salomón. Un bufón llevaba sujeto un mono que sabía de astrología y de pintura, y, por fin, un negro era portador de un pebetero de oro, cuyo perfume daba la inmortalidad al que lograba percibirlo.

En cuanto al Emperador, después de saludar a los Reyes dijo con voz entera:

—¡Oh Reyes poderosos! La fama de bondad y de sabiduría de la Princesa Esplendor del Mar eclipsa la de su belleza. He aquí por qué me casaré con ella sin levantar sus velos.

Pimienta dió una voltereta que espantó al mono sabio y al pájaro submarino. Y la Reina, pálida de emoción, respondió:

—¡Oh poderoso Emperador! Os concedemos gustosos la mano de nuestra hija.

Después de las bodas, que fueron de un esplendor nunca visto, el Emperador y su esposa quedaron solos en la cámara nupcial. Y Esplendor del Mar, aconsejada por el astuto Pimienta, dijo:

—¡Oh esposo mío! Antes de levantar por primera vez mis velos debo advertirle que no soy bella, sino horrible y monstruosa.

Y al ver el gesto de duda del Emperador, vaciló un momento. Pero luego, armándose de valor, dejó caer sus velos y apareció horrible, pero radiante de inteligencia, en su traje de bodas.

El Emperador, que era un hombre lleno de sabiduría, la cogió de la mano y exclamó, arrodillándose ante ella:

—Para mí, ¡oh Princesa llena de virtudes y de intelectual eres siempre más bella que la misma belleza.

Y ocurrió una cosa extraordinaria. Al oírle, la princesa se transformó y adquirió una hermosura suave y dulce como su voz, que murmuró:

—Puesto que soy bella para ti, soy bella para todo el mundo, porque para mí el mundo está en tus ojos.

Y la felicidad reinó en el palacio, y Pimienta, colmado de riquezas, fue nombrado gran Chambelán.

Y para colmo de dicha, una tarde se encontró con Ranilde, que le insultó como siempre, llena de ira. Pero el duende, con voz melosa, la dijo así:

—No sé por qué estás tan furiosa conmigo. Siempre te he querido bien, y la prueba es que venía pensando en convidarte a probar una conserva de pepinillos que he hecho, que es cosa buena.

La golosa Ranilde, ante la perspectiva de un convite, se suavizó y respondió más amablemente:

—No, si ya sabía yo que eras más tonto que malo. Y que todo lo que has hecho ha sido por hambre. Para que veas que soy buena, acepto el convite.

Pimienta se rió por dentro y la llevó a su casa. En la cocina había, en efecto, un cacharro de cristal vacío y una escalera apoyada en él.

—No veo los pepinillos —dijo Ranilde, desconfiada de suyo.

Pero Pimienta respondió:

—¡Parece mentira que unos ojos tan bonitos sean tan míopes! Súbete en la escalera y los verás y podrás probarlos.

Ranilde subió apresurada, y una vez arriba, Pimienta, diestramente, empujó la escalera, haciéndola caer con la bruja dentro del cacharro.

Luego, sin dejarse engañar por sus gritos, lo tapó con un pergamino y lo ató, y colocó el frasco en un vasar, después de decirla:

—Ya ves, te he engañado. La conserva no era de pepinillos, sino de calabaza. Ahí te estarás hasta que te pudras.

Y se fue a palacio a dar cuenta de lo ocurrido y a tomar parte en la felicidad de todos que, al fin y al cabo, era obra suya.



SOCIEDAD ESPAÑOLA DE PAPELERIA  
SAN SEBASTIAN

MADRID

BILBAO

BARCELONA

OVIEDO

VALENCIA

VIGO

SANTANDER

Venta de los acreditados Cuentos de Calleja en colores, Aventuras de Pinocho, etc., etc.

SIEMPRE LAS ÚLTIMAS NOVEDADES





# EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE CABEZA DE PIEDRA

POR E. J. G. A. R. A

(Continuación.)

—Aquí viene Jor corriendo. Parece que le siguen.

—¡Cuerpo de un cañonazo...! —exclamó Cabeza de Piedra, levantándose rápidamente—. ¡Si se hubiera dejado sorprender...! No tendrá tiempo de disimular nuestras huellas y los ingleses vendrán pronto a sacarnos de nuestro escondrijo.

—Afortunadamente, contamos con el señor Oxford y con nuestros tambores.

El viejo bretón se había reunido con Petifoque, el cual estaba ya fuera del recinto, armado con su carabina, pronto a hacer fuego.

Jor se acercaba corriendo como un gamo, dando de vez en cuando grandes saltos para ganar terreno; traía también el fusil en las manos.

—Si; le siguen, no hay duda —dijo el viejo maestro, cuyo semblante se ensombreció—. ¡Buen mirlo blanco es para dejarse coger! ¡Por si no basta que sea marinero, es también canadiense!

—¿Nos quedaremos aquí, o huiremos?

—Esperemos todavía, Petifoque. Ya sabes que nunca tengo prisa y que siempre llevo a tiempo para salvar las situaciones difíciles.

Riberac había salido también, seguido de Wolf. Ulric permanecía vigilando al prisionero.

Jor, siempre a la carrera, llegó en pocos minutos al pino gigante. A pesar del frío intenso, sudaba como un caballo después de cuatro leguas de incasante galope.

—¿Te siguen?

—Si —contestó el marinero—. Me vienen pisando los talones una docena de marineros al mando de un oficial. Iba a entrar en el fortín para traerlos víveres cuando me vieron y entraron tras de mí por el pasadizo secreto. Afortunadamente tuve tiempo de abrir la puerta que da sobre el puentecillo y de internarme en el bosque.

—¿Estarán aún lejos esos ingleses?

—No tardarán en llegar. Iban muy cerca de mí, guiados por mis huellas cuando la espesura les impedía verme.

—Esto se pone feo.

Reflexionó un momento, y dijo:

—Que Ulric se quede dando guardia al prisionero dentro del pino, y vamos nosotros a emboscarnos cerca de aquí con los tambores. No escasean aquí matorrales donde pudieran esconderse aunque fueran quinientos o seiscientos hombres. Hagamos la prueba.

—¿Tanta confianza tenéis en mis pobres instrumentos? —dijo Riberac, medio riéndose.

—¡Ah, muchísima!... Batiremos de nuevo furiosamente las pieles de asno, y ya veréis cómo logramos otro éxito mucho mayor. ¡Vamos, deprisa; y tú, Ulric, cuida bien del secretario del marqués! No temas, que si es necesario vendremos en seguida en tu ayuda.

—Si, padre —contestó el buen hessiano—. Yo quedarme aunque llevar palas.

—Ya sé que eres un valiente.

Cargaron con los tambores y desaparecieron en un espeso matorral de abedules y pinos, tomando posiciones detrás de un enorme tronco derribado por la vejez.

—¡Cuerpo de todos los campanarios de Bretaña...! —exclamó Cabeza de Piedra, chasqueando los dedos—. Ya hemos encontrado una barricada. ¿Qué más podíamos desear? Entre tanta desgracia siempre nos alcanza algún golpe de fortuna. ¡Ah, ya están ahí! Son trece... ¡Mal número para ellos!

Una patrulla de marineros, al mando de un oficial y guiados sin duda por las pisadas de Jor, desembocó a unos trescientos metros del pino hueco, después de atravesar un matorral bastante cerrado. Avanzaban cautelosamente, con el fusil preparado, en previsión de una sorpresa. El resto del destacamento se habría quedado en el fortín buscando al secretario del marqués.

—Señor Riberac, ¿sabéis tocar el tambor?

—Bien o mal, creo que si podré hacer algo —repuso el traficante.

—¿Y tú, Jor?

—Algo entiendo. He sido soldado —repuso el marinero de la barca.

—Wolf y Petifoque conocen bien estas pieles de asno y les dejaremos batir carga los primeros. Esperad, sin embargo, a que yo lo ordene.

—¿Dónde vais? —preguntó el joven marinero viéndole saltar la barricada.

—A charlar un rato con esos señores —respondió el viejo bretón.

Déjame obrar; ya verás cómo me las compongo sin que una bala me agujeree el pellejo.

—Es una imprudencia.

El bretón ya no lo oía. Se había adelantado con la carabina preparada y salía del matorral. Los ingleses se habían detenido y examinaban cuidadosamente el terreno buscando la pista de Jor.

—Señores míos —gritó el maestro—. ¿Se puede saber dónde vais? Ya debíais saber que estas orillas del Champlain están en poder de los americanos. Si no os rendís, somos muchos miles y os haremos pedazos.

El oficial, un jovencillo rubio, se había incorporado de un salto, fijando en Cabeza de Piedra sus ojos azules. Sus marineros se levantaron asimismo, agrupándose detrás de su jefe.

—¿Quién sois? —preguntó el oficial.

—Soy el famoso maestro Cabeza de Piedra, a quien el marqués conoce tanto; sabedlo, soy el que os cañoneaba desde *La Tonante*, echándoos abajo masteleros y pendones.

—¡Vos! —exclamó el inglés, tras larga vacilación.



## Gran Variedad en JUGUETES

GRAN VÍA 18

EXTENSO SURTIDO EN COCHES DE NIÑO  
Ayuntamiento de Madrid



—Yo mismo, a la cabeza de mil americanos que están escondidos en el bosque.

—¡Os chanceáis!

—Ya nos hemos apoderado del señor Oxford.

—¡Ah, está en vuestro poder!

—Está bien vigilado, y con una cuerda al cuello para colgarle tan pronto como intentéis adelantar un paso.

—¡El señor Oxford, vuestro prisionero...! —exclamó el oficial.

—Ya lo veréis.

—¡Adelante, mis marineros! —gritó el oficial—. Nuestros camaradas vienen detrás, dispuestos a ayudarnos.

—¿No os detenéis?

—No soy tan estúpido que crea que haya ahí tantos americanos.

—¡La carga, la carga! —rugió Cabeza de Piedra, refugiándose rápidamente detrás del grueso tronco en que se habían hecho fuertes los suyos.

Los cuatro tambores redoblaron furiosamente, produciendo un estrépito ensordecedor al multiplicarse por el eco a favor de los grandes árboles. Parecía que batían carga en cincuenta pieles de asno, y no en cuatro solamente. Los ingleses, justamente impresionados, se detuvieron y retrocedieron a esconderse en los árboles, temiendo recibir una descarga. Tan sólo el oficial permaneció animosamente en su puesto, empuñando un machete de abordaje.

—¡Señor! —gritó Cabeza de Piedra—. ¿Seguiréis negando que los americanos están aquí? Antes no lo queríais creer.

—¡Pues bien, matadme! —repuso el inglés—. ¡Han muerto tantos en la guerra!...

—No somos canibales de la Polinesia. Decid a vuestros hombres que no hagan fuego si quieren volver con vida a bordo del bergantín, y aproximaos aquí; pero tirad antes las dos pistolas que lleváis al cinto.

Los tambores habían dejado de sonar, de modo que los hombres se oían perfectamente.

El oficial dudó un largo rato, y avanzó después unos cincuenta o sesenta pasos, después de hacer seña a sus hombres de permanecer quietos.

Cabeza de Piedra saltó por encima de la barricada y salió a su encuentro, acompañado de Petifoque, que había dejado los palillos para tomar la carabina.

—Y bien, señor —dijo mientras seguía avanzando—, ¿os decidís a arrojar las pistolas? Mirad que la cólera es mala consejera, y en ocasiones induce a cometer tonterías. Os prometo no haceros prisionero. Si hubiera querido, me bastaba con haber lanzado doscientos o trescientos hombres sobre vosotros y haceros a todos prisioneros.

—¿Pero dónde están vuestros soldados?

—Bien emboscados los tengo.

—Sin embargo, nos habían asegurado que por esta parte no había americanos.

—Pues os han engañado, señor mío; ya lo veís.

—¿Y habéis prendido al señor Oxford?

—Precisamente.

—¿Con qué objeto?

—Con el de ahorcarlo, si el marqués de Halifax no acepta nuestras condiciones.

—¿Cuáles serían éstas?

—Darnos una chalupa de las grandes y la promesa de no importarnos si enviamos algunos fieles al fuerte de Ticonderoga.

—Conozco demasiado bien al lord: no aceptará nunca.

—Entonces abordaremos su navío e iremos en él.

—Vos habláis sin cesar; pero aún no me habéis mostrado al señor Oxford —dijo el oficial, impacientándose—. Quizá haya escapado a vuestra persecución.

—¿Lo creéis así? Esperad un poco.

Hizo portavoz con las manos y gritó con voz tonante:

—¡Ulric, trae aquí al prisionero; aquí estamos todos para protegerte: si disparan, morirán todos.

—En seguida, padre, opetecer —gritó el hessiano desde su escondite.

—Asegúrale primero las manos a la espalda.

—Hacer ya hecho.

Cabeza de Piedra y Petifoque se acercaron al gigantesco pino, junto al cual se había detenido el oficial sin darse cuenta de la abertura.

Ulric no tardó en salir, teniendo bien sujeto al secretario, a pesar de haberlo atado previamente.

—Señor oficial —dijo Cabeza de Piedra—, ¿conocéis al prisionero?

—¡El señor Oxford...! No esperaba encontrarlo vivo.

—Ya os he dicho que no somos canibales de Polinesia. Ni nos dedicamos a ahorcar a la gente —repuso el viejo bretón—. Miradlo bien; goza de buena salud. ¿Os convencéis ahora de que está en nuestras manos?

—No estoy ciego.

—¿Queréis probar a libertarlo por fuerza?

—¿Para sacrificar a todos mis hombres? Somos demasiado pocos; pero pronto llegará la escuadra de Burgoyn y entonces tendréis enfrente a diez mil hombres.

—Ni mis soldados ni yo pensamos esperarlos aquí, y al secretario no lo volveréis a ver. Si el marqués lo quiere rescatar en seguida, debe poner a mi disposición una chalupa y un salvoconducto para atravesar el lago.

—No aceptará, os lo digo yo; conozco muy bien al lord.

—Volved a bordo con todos vuestros hombres y referidle cuanto habéis visto y cuanto os he dicho. Os dejaremos reembarcar tranquilos, sin disparar un solo tiro.

—Sois demasiado generoso —dijo el oficial, a pesar suyo. Miró al secretario del marqués, que se había sentado sobre un haz de viejas fibras leñosas; Ulric, armado de su carabina, no se separaba de él, atento al menor de sus movimientos.

—¿Debo obedecer, señor Oxford? —preguntó el oficial al prisionero.

—Haced lo que os parezca —dijo secamente el secretario.

—No es posible empeñar la lucha. Hay muchos hombres escondidos en el bosque, preparados para caer sobre nosotros.

—Yo no sé nada.

—Entonces vuelvo a bordo.

—¿Y cuando regresaréis? —preguntó Cabeza de Piedra.

—Lo más pronto posible —repuso el oficial.

—Os concedo dos horas; si no estáis aquí antes de que transcurran, mandaré ahorcar al prisionero. Podéis retiraros; son las diez, y mi reloj es exacto como un cronómetro de marina. No dejéis hombres en tierra, pues si los sorprendemos, nos veremos precisados a fusilarlos.

El oficial recogió sus dos pistolas, envainó el machete de abordaje, hizo un ligero saludo y se unió a sus hombres, que había permanecido ocultos tras los gruesos pinos. La patrulla se alineó y alejóse rápidamente en dirección a la playa.

(Continuará en el número próximo.)



## BANCO ESPAÑOL DE CRÉDITO

CAPITAL PTAS. 50.000.000 RESERVAS PTAS 20.757.452  
DOMICILIO SOCIAL CALLE DE ALCALA 14 MADRID  
CAJA DE AHORROS

SE ADMITEN IMPOSICIONES HASTA UN LÍMITE DE 10.000 PESETAS ABONANDOSE EN LA ACTUALIDAD INTERESES A 4 POR 100 ANUAL

TODO TITULAR DE UNA CARTILLA CON SALDO MÍNIMO DE 25 PESETAS TENDRÁ DERECHO AL DISFRUTE GRATUITO DE UNA HUCHA DE AHORRO, QUE DEBERÁ DEVOLVER AL LIQUIDAR LA CUENTA O AL REDUCIR EL SALDO A MENOS DE LAS REFERIDAS 25 PESETAS

Ayuntamiento de Madrid





# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





# ALELUYAS EXTRAORDINARIAS



Esto a broma tomarás  
O loco te volverás



Come el jamón con cuchara Aeste le sobra chistera  
Un moro en Guadalajara. O no llevarla debiera.



En la China, un mandarin  
Con el pie toca el flautín.



Hay en Francia un aldeano Toma el chorizo en porrón  
Qué para el tren con la mano. Un bandido en Alcorcón



Sobre el cráter de un volcán  
Un inglés, se come un pan.



Se afeita Jaime el Barbudo Ve con horror el baturreo  
Con el asa de un embudo. Que está sin cabeza el burro.



Sin trampa, como aquí ves  
De un paraguas, salientes.



Un hotentote en Chicago  
Se comió un pez por el rabo



El pintor muere asustado  
De las cosas que ha pintado

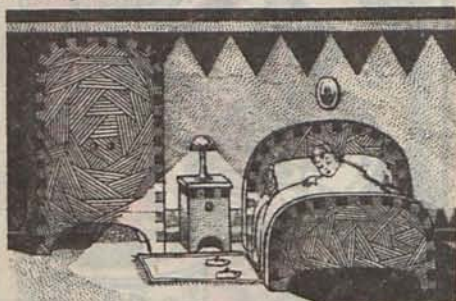


# ¿SABEIS POR QUÉ...?

## DIVULGACION CIENTÍFICA

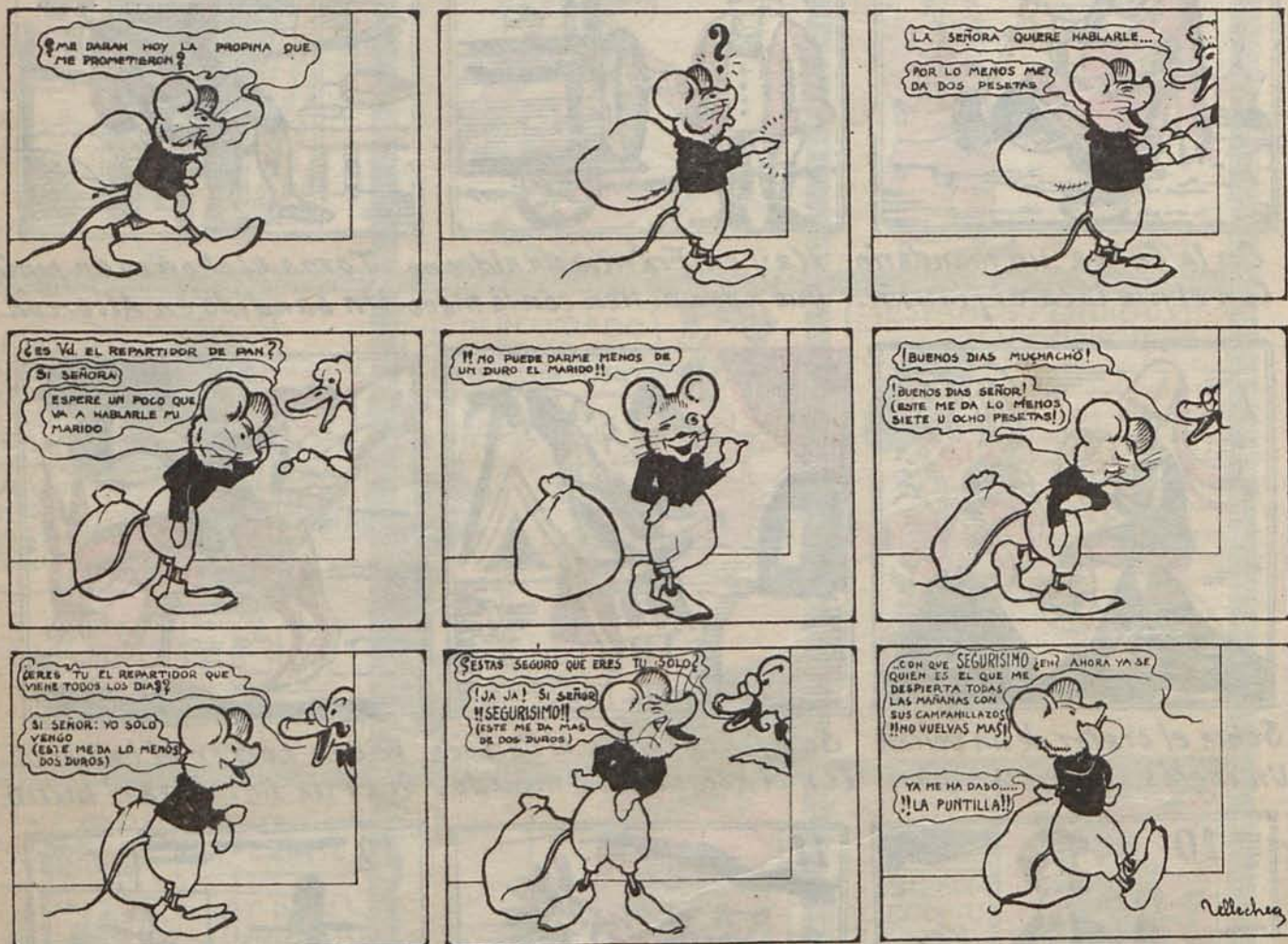
### ¿POR QUÉ CRUJEN LOS MUEBLES DURANTE LA NOCHE?

Confieso mis sustos. Muchas noches, desde mi cama, me ha sobresaltado el crujir de los muebles. Pero ahora, lo aseguro, no tengo miedo de esos crujidos. Ya sé el motivo de esos lamentos y he perdido el miedo. Todo —¿quién lo iba a imaginar?—, todo depende de la temperatura del aire. Es posible, casi seguro, que los muebles crujan también de día; pero durante el día hay mucho ruido en la casa y es imposible oír las quejas de una mesa o los lamentos de una silla. Es de noche, en el silencio de la noche, cuando nuestro oído puede percibir aquellos crujidos. Y todo, como he dicho antes, lo origina la temperatura del aire. De día el aire es más caliente, de noche, más frío. El calor del aire, como todo calor, dilata, estira o agranda los cuerpos. Aunque nosotros no lo percibamos, todo objeto puesto al calor aumenta de



tamaño. Lo mismo le ocurre a la madera y, por consiguiente, a los muebles que, como sabemos, son de madera. Durante el día el aire es más caliente, y esa temperatura del aire dilata o agranda un poquito, aunque nosotros no lo veamos, las patas y el tablero de la mesa, las sillas, los roperos, todo el mobiliario de la casa. Lo dilata un poquito, es verdad. Pero llega la noche. En la noche el aire se enfría y los muebles, por este motivo, vuelven a su tamaño primitivo, se contraen. Entonces se produce el ruido que tanto me asustaba antes. También puede influir en ese ruido la humedad. Al enfriarse el aire el vapor de agua no puede sostenerse y cae, se deposita en los muebles. ¡Oh!, ya he perdido el miedo. Ya puede crujir la mesa, el ropero y las sillas en la seguridad de que no me asustarán nunca más.

## HAZAÑAS DEL RATON DON ROQUESO



LIBRERIA DE ALEJANDRO PUEYO  
AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER 16 MADRID

Gran surtido en CUENTOS  
y libros para niños y toda  
clase de lecturas morales

Ayuntamiento de Madrid



# HISTORIAS DE ANIMALES

## QUITAMANCHAS

El pobre leopardo fué el primer cliente del «Gran Tinte y Quitamanchas del Orangután», recién abierto en la selva. El pobre leopardo quería quitarse las manchas.

—Mire, mire usted como estoy de manchado... ¡Es un dolor!

—¡Verdaderamente! Con tanta lámpara debes coger la onda de Londres...

—No se ría usted, que mi desgracia es terrible. La gente me mira mal, a causa de estas manchas, como si yo tuviera la culpa de ellas.

—¿Y qué quieres que yo te haga?

—Pues que me las quite. ¿Para qué ha puesto usted un quitamanchas, sino para estos casos?

—¡Hombre, leopardito, te diré! Mi principal negocio es hacer lutos en veinticuatro horas con tinta de calamares y negro animal. Por otro lado, las manchas que yo quito de las pieles son las de grasa, barro o alguna otra materia. Esas manchas tuyas van a ser imposibles de quitar.

El pobre leopardo se veía toda la vida con su piel como si hubiera llovido tinta china.

—Cómprate algo que te tape las manchas o date aguarrás. Pero ni en la selva se pueden comprar gabardinas ni se en-

cuentra aguarrás con facilidad. El pobre leopardo se veía toda su vida cargando con su piel llena de piezas de puzzle.

—No salgas más que de noche. De noche todos los leopardos son pardos solamente.

El pobre leopardo abandonó la tienda sin haber encontrado una solución.

—¡Si yo encontrara bencina! Estoy seguro de que con bencina se quitan todas las manchas. Pero no hay bencina ni nada que tenga bencina.

Se oyó la bocina de un automóvil.

—¡Ya está! Me comeré un chófer. Los chóferes están siempre llenos de bencina. Seguramente...

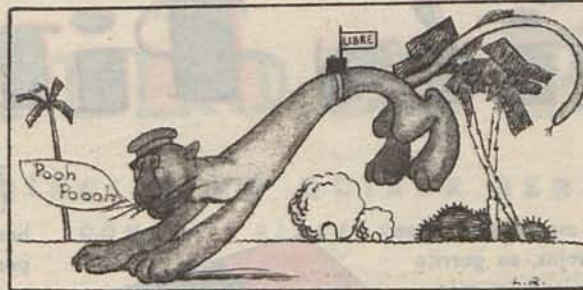
Se comió el chófer. En efecto, olía y sabía a bencina de un modo atroz.

Y las manchas se le fueron quitando, pero...

Se fué volviendo azul, azul, hasta que estuvo de color de traje de mecánico. Entonces le salió una gorra.

Ahora está medio loco por la selva. La bencina se le ha subido a la cabeza y se pasa la vida imitando la bocina de un auto en vez de rugir, y tiene la manía de que se

alquila por kilómetros. A veces, hasta atropella a los demás bichos.



## LOS ALEGRES COCODRILOS

Una comisión de turistas acudió a visitar al virrey de Egipto para exponerle sus quejas.

—¿Han encontrado ustedes algo que esté mal dispuesto? —les preguntó el virrey—. ¿No les parecen bien las pirámides? ¿No encuentran bastante azul el Nilo Azul? Le echamos añil todos los días. ¿Les desagradan los dátiles de nuestras palmeras? Son de la mejor calidad y vienen en cajas desde Inglaterra...

Pero no. Los turistas no se quejaban de nada de eso. Contra lo que protestaban era contra el llanto de los cocodrilos.

—Resulta —dijo uno de la comisión—, que los cocodrilos se esconden en los cañaverales y desde allí empiezan a gemir, imitando el llanto de un niño pequeño. Los turistas, al sentir un niño que llora, engañados por el infame cocodrilo, y guiados por su buen corazón, se acercan, y entonces el cocodrilo se los zampa con su boca llena de dientes. Esto no está bien. Con este procedimiento se han comido los cocodrilos a más de setenta turistas en el mes pasado, y tiene poca gracia.

El virrey tanteó algunas excusas:

—Veremos... Llevan ustedes razón... Sin embargo...

—¡Nada, nada! —contes-

taron los turistas de la comisión—. O lo arregla usted o no vuelven más viajeros por aquí. ¡Pues vaya una bromal! Bien está que se coman los cocodrilos a alguno de nosotros, pero no con engaños y malas artes. Es preciso que dejen de llorar, o de lo contrario...

El virrey se quedó perplejo. ¿Cómo iba él a evitar que los cocodrilos llorasen o dejaran de llorar? ¿Cómo convencerles de que aquella hipocresía estaba muy fea en unos cocodrilos?

Se dedicó a buscar una solución. Días después se ponía en práctica una feliz idea del primer ministro.

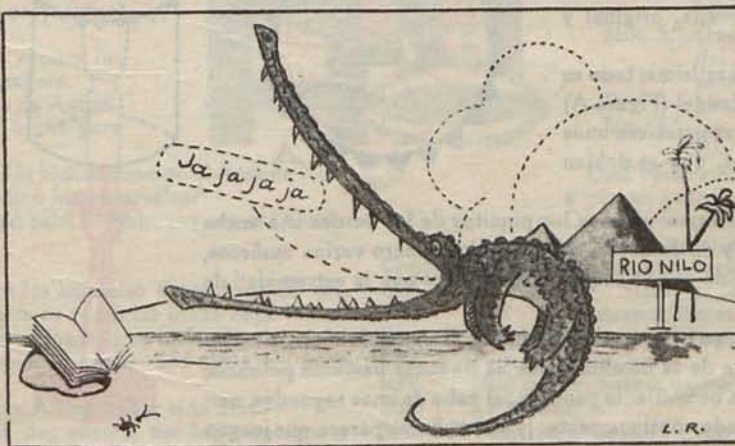
A media noche, unos beduinos fueron depositando, sigilosamente, unos libros por las orillas del Nilo, entre los cañaverales.

¿Con qué objeto aquel reparto de premios a los cocodrilos?

Desde entonces, no volvió a llorar ningún cocodrilo. No podían. Por el contrario, grandes carcajadas denotaban su proximidad y los viajeros tenían tiempo de alejarse.

Los libros eran libros de chistes, y los cocodrilos, en cuanto los leyeron, se rompían las mandíbulas de risa.

Y les duró mucho, porque como tienen tanta boca, tardan más tiempo en reírse.



## Muñecas Pagés

### Trajes para Niños

### PERRITO XAUDARÓ

Peligros 6 Y 8 (entresuelo) Madrid

Ayuntamiento de Madrid





# SECCIÓN PIRULA

## PIRULA, MUEBLISTA

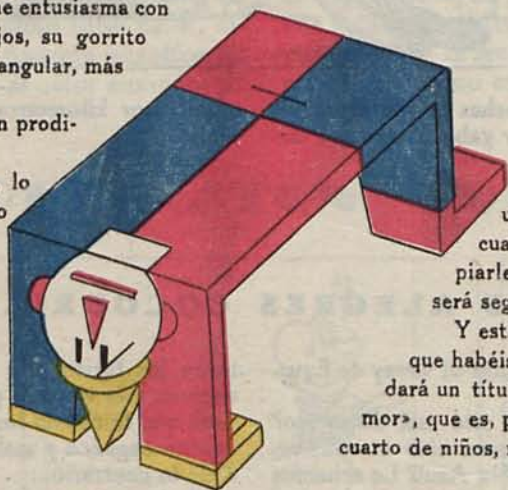
Mister Dick es un clon admirable; a mí me entusiasma con su traje de grandes cuadros azules y rojos, su gorrito amarillo, su cara enharinada y su nariz triangular, más roja que un pimiento morrón.

Haciendo contorsiones, Mister Dick es un prodigio, una verdadera notabilidad.

Figuráos que echa el cuerpo hacia atrás, lo pone tieso y recto y se queda descansando sobre las manos y los pies.

Y lo más extraordinario es que así se queda, no unos minutos, sino horas y horas, y días y días, y meses y meses, y años y años y... toda la vida, vamos.

Y como si esta asombrosa agilidad fuera poco, Mister Dick es tan robusto y complaciente que si os sentáis encima de él ni protestará, ni siquiera lo notará.



Es que, además de clon, es... ¡banqueta!

Una banqueta, sí; una divertidísima banqueta que cualquier carpintero os hará por poco precio, con tablas ordinarias, y que luego con toques de pintura transformaréis en Mister Dick.

No hace falta ser una *Velázquez* para pintar esta banqueta. A poco que os fijéis en el adjunto modelo, y con la ayuda de una regla y un compás, estoy segura de que cualquiera de vosotras os atreveríais a copiarle. ¡Ah, y si os ayuda papá o mamá, el éxito será seguro!

Y esta banqueta, colocada en el precioso cuarto que habéis amueblado ya, según mis indicaciones, le dará un título más para llamarse «Cuarto del buen humor», que es, por supuesto, el más bonito nombre para un cuarto de niños, máxime cuando son lectores de PINOCHO.

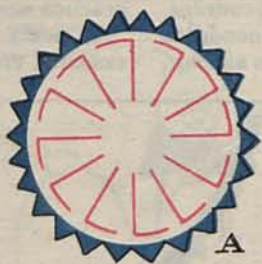
## PIRULA, FABRICANTE DE PANTALLAS

Pantallas bonitas y de buen gusto, hay muchas; pantallas graciosas y originales, hay algunas. Pero yo os apuesto lo que queráis a que en vuestra vida visteis pantalla más graciosa, bonita, original y divertida que ésta.

La confección es facilísima y baratísima; todo es de papel. Primero se corta un redondel (Figura A) recortando sus bordes en picos, y se practican unos cortes, siguiendo las líneas rojas, que se doblan luego en forma de hélice.

Preparado ya el redondel superior, se pega en los piquitos de los bordes una ancha tira de papel en forma de tubo y en la que se han pintado primero varios muñecos, como los de la figura B, procurando que se toquen unos a otros por la extremidad de las manos.

Una vez terminada la pantalla, se coloca sobre cualquier lámpara de mesa, poniéndola en equilibrio sobre la puntita de la bombilla, que ha de tener bastante potencia; y entonces, con el solo calor de la bombilla, la pantalla, al cabo de unos segundos, empieza a girar sola y sigue así girando continuamente, ¡y sus muñecos parece que juegan al corrol!



## PIRULA, BORDADORA

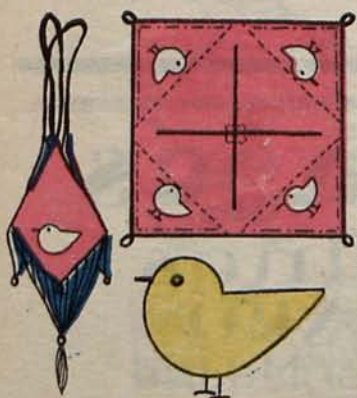
Con ser tan bonita la adjunta bolsa de costura, aún es más grande su sencillez y facilidad de confección.

Basta con cortar dos cuadrados exactamente iguales: uno color naranja y el otro azul (también puede hacerse en rosa y negro, verde y violeta, azul y amarillo, negro y rojo, etc.), y practicar en uno de ellos un corte en cruz, que formará una abertura.

La línea de puntos indica por dónde deberá coserse con un pespunte a máquina el cuadrado inferior, debajo del superior, para que las cuatro puntas de éste queden al aire. En el interior, precisamente donde está este pespunte, convendrá colocar una ballena que mantenga la tela rígida.

El pajarillo es un trozo de tela recortada, pegada a punto de festón en negro; toda la bolsa puede ribetearse con un estrecho galón o *soutache* negro.

Es de notar que los extremos superiores del cuadrado de abajo constituyen el forro de la parte superior, que aparece por la abertura.







# EL TEATRO DE PINOCHO

## EL PRÍNCIPE NO QUIERE SER NIÑO

COMEDIA REPRESENTABLE

(Continuación.)

REY Y MIN. 1.º Mirándose al reloj de pulsera, dicen al mismo tiempo: Las doce menos cuarto.

CHONÓN. Suspirando. ¡Ay! Todavía falta un cuarto de hora.

KIRIKI. Apareciendo. Señor: el señor Ministro del Recreo.

REY. Que entre.

MIN. 1.º ¿Y qué idea le dió a Vuestra Majestad de nombrar en el Gobierno de la Peonza de Oro un Ministro del Recreo?

REY. Muy sencillo. Para no parecerme a esas naciones que tienen Ministro del Trabajo.

MIN. 1.º ¡Magnífico, señor!

MIN. 2.º Entrando. No olvidéis que todos los Ministros tienen que llevar cucuruchos y, si puede ser, colchas o cortinas, aunque la más lujosa sea la del Rey siempre. Señor.

REY. ¡Hola, caballerito! ¿Qué pasa por tu ministerio?

MIN. 2.º Que como hoy es la fiesta Real tan solemne, he dado al pueblo una hora más de recreo.

REY. ¿Pero no tenían ya las veinticuatro horas del día para recrearse?

MIN. 2.º Sí, pero he quitado una hora del día de mañana. Hoy juegan veinticinco horas, aunque mañana no jueguen más que veintitrés.

MIN. 1.º Me quedo asombrado de vuestra inteligencia, querido compañero.

MIN. 2.º ¿Y usted, señor Ministro de Animales Domésticos, que ha hecho para solemnizar esta fiesta?

MIN. 1.º Cerrar con llave a todos los bichos como en el Arca de Noé.

REY. ¡Pobres! ¿Y por qué motivo los encarcelas?

MIN. 1.º Señor. ¿Vuestra Majestad sabe lo malo que era el Diluvio Universal?

REY. Sí; ya me acuerdo.

MIN. 1.º Pues es mucho peor para los animales domésticos un día de veinticinco horas y que en todas las horas haya recreo para los niños. Acribillan a los pobres bichos.

CHONÓN. ¡Muy bien, muy bien! Con aire de hombre. Los niños son unos bárbaros.

MIN. 2.º ¿Le avergüenza a Vuestra Alteza haber sido niño?

CHONÓN. Naturalmente. Si yo me doy cuenta, me hago hombre a los dos años; que para eso soy Príncipe y hago lo que quiero.

MIN. 1.º ¡Muy mono, muy mono!

CHONÓN. Escamado. Pero... ¿mono de subirme a los árboles como los del Parque Zoológico?

MIN. 1.º ¡Oh, Alteza! ¡De ninguna manera! Todo lo contrario, todo lo contrario. Si acaso, mono de bajarse de los árboles del Parque.

CHONÓN. ¡Ah! Eso es otra cosa. ¿Qué hora es?

REY, MIN. 1.º Y MIN. 2.º Miran a sus relojes de pulsera y dicen: Las doce menos cinco.

CHONÓN. Suspira. ¡Ay! Todavía faltan cinco minutos.

Llaman a la puerta. Chonón se estremece:

REY. Adelante...

KIRIKI. Apareciendo. Señor: el señor Ministro de los Libros.

REY. Que pase el alcornoque de D. Claudio.

CHONÓN. Será ciruelo, papá. Porque yo he oído hablar de las ciruelas claudias.

REY. Mira, hijo, faltan cinco minutos escasos. Elige entre ser niño o ser hombre.

CHONÓN. ¡Hombre, hombre!

REY. Entonces, no me vuelvas a hacer chistes, ¿eh?

MIN. 3.º Señor... Entra.

REY. ¡Hola, Currito! ¿Qué pasa por tu Ministerio?

MIN. 3.º Que he mandado hacer, con motivo del festival de hoy, libros para los niños, pero en aleluyas.

REY. ¿Pero libros de cuentos?

MIN. 3.º No, no. De estudio. En la Aritmética dice, por ejemplo:

Diez veces ciento son mil,  
según un guardia civil.  
Diez por diez, según un cuento,  
no suelen pasar de ciento.

CHONÓN. Casi nunca pasan, es verdad.

MIN. 3.º Siete por ocho cuarenta,  
cuando llevas bien la cuenta.

REY. Eso no puede ser. Siete por ocho son cincuenta y seis.

MIN. 3.º Pero no cae en verso.

REY. ¡Ah! Bueno, bueno; no me acordaba.

MIN. 1.º ¿Y la Geografía?

MIN. 3.º También tiene sus versos:

El río Guadalquivir  
por Sanlúcar va a salir.  
En cambio, el río Segura  
termina en Extremadura.

(Continuará en el número próximo.)



Lee las nuevas y extraordinarias aventuras de Pinocchio



Ayuntamiento de Madrid



# CONCURSOS

## TERREMOTO



Pues, señor: un día salió a pasear por las afueras de su pueblo el boticario D. Julián Suárez de la Belladona. Iba andando, andando, por la carretera, que era el único paseo del pueblo, cuando vió allí en lontananza una nubecilla que salía guiñando un ojo y con muy malas intenciones. A los cinco minutos el cielo estaba negro, fuerte huracán amenazaba destruir la tierra. D. Julián Suárez de la Belladona apresuró el paso; pero antes de llegar al pueblo ¡catapum... pum! El terremoto más formidable sorprendió al pobre boticario.

Vedle ahí, hecho un lío, sin saber adónde poner los pies. Reconstruid en seguida este paisaje y poned a D. Julián en su sitio. pues dá pena verle en el aire. ¿Seréis capaces de hacerlo?

## PALABRAS CRUZADAS

Se trata en este problema de llenar cada línea de cuadros en blanco, tanto horizontales como verticales, con una palabra, de manera que cada cuadrito tenga su letra correspondiente, sin dejar de llenar ninguno.

Estas palabras han de empezar en los cuadros numerados y expresarán lo señalado en la lista de indicaciones. He aquí un ejemplo del más sencillo de estos problemas.

Fijaos bien: Tenemos un cuadrado con ocho cuadritos en blanco y uno negro (fig. 1.<sup>a</sup>); éste no nos sirve para nada. Vemos que la primera palabra que hay en la lista debe empezar en el cuadrito número uno, que tiene tres letras y es un artículo.

En seguida pensamos ¿qué artículo hay de tres letras?, y como no hay muchos de que echar mano, decidimos poner el artículo LOS (fig. 2.<sup>a</sup>). Así, la segunda palabra que hemos de poner es vertical, o sea el título beatífico; como ha de empezar con S, ponemos SAN (fig. 3.<sup>a</sup>). Ahora vamos con el comparativo; la primera letra la tenemos que poner en el cuadrito número tres, y como ya sabemos que la última es N, decimos: ¿un comparativo que termina con N? Pues tiene que ser TAN, y lo ponemos (figura 4.<sup>a</sup>).

Ya no nos queda nada más que un cuadrito en la hilera vertical de ese lado y tenemos que poner el nombre del personaje de la Biblia. ¿Qué nombre será éste que empieza con L, termina con T y sólo tiene tres letras? No puede ser otro que LOT; lo ponemos y ya está resuelto el problema.

### INDICACIONES

#### HORIZONTAL

- 1.<sup>o</sup> Artículo.
- 3.<sup>o</sup> Comparativo.

#### VERTICAL

- 1.<sup>o</sup> Personaje de la Biblia.
- 2.<sup>o</sup> Título beatífico.



Fig. 1.<sup>a</sup>



Fig. 2.<sup>a</sup>



Fig. 3.<sup>a</sup>



Fig. 4.<sup>a</sup>

Haced lo mismo con el que os damos al lado, y nos demostraréis que sois tan listos como nosotros nos figuramos.

## A LOS CONCURSANTES

Anunciamos a nuestros amigos los «pinochistas» que han enviado las soluciones a la primera serie de concursos que el jurado tiene casi terminada su tarea, y que probablemente podremos dar en nuestro número próximo los nombres de los agraciados con los premios. ¡Tened en cuenta, queridos amiguitos, que hemos tenido que revisar cuidadosamente ¡siete mil trescientas veinticuatro soluciones!

**Lista de premios de nuestra tercera serie de con-**

Enviad las soluciones a PINOCHO, Apartado 447-Madrid, poniendo en el sobre «Para el Concurso».

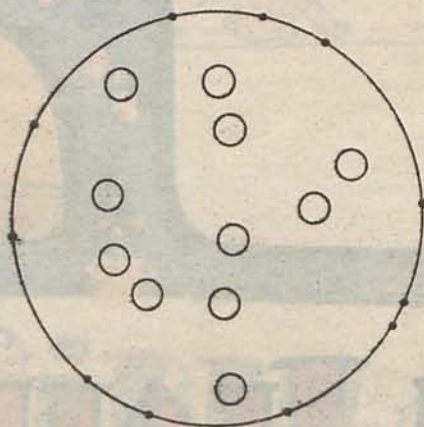
### CUPÓN 12

♦ ♦ ♦ Colaboración infantil

¡Ah!, no olvidéis que con las soluciones de cada número debe acompañar el cupón que dice:

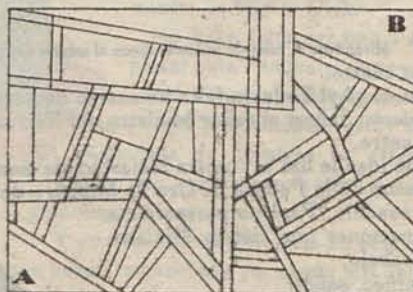
«Concursos PINOCHO»

## CÍRCULOS ENSARTADOS



En esta circunferencia hay, como veis, once lunares. Se escaparían, sin duda, si no los ensartáramos. Hay, pues, que atravesar cada uno de esos lunares con una línea recta. Para ello, naturalmente, os doy un bonito procedimiento. Señalad en el círculo, en la línea curva y cerrada de la circunferencia, once puntos, repartidos de tal forma que tirando líneas rectas en el interior de la circunferencia, de punto a punto se consiga ensartar todos los lunares. Cada uno de éstos no debe ser atravesado más que por una línea. Y de cada uno de los puntos que señaléis saldrán, naturalmente, dos rectas. Así conseguiréis asegurar los lunares y formar al mismo tiempo una estrella irregular.

## LABERINTO



He aquí un bonito pasatiempo, muy fácil por cierto. Trátase de salir del punto A, ni despacio ni corriendo, como queráis, y llegar al punto B, después de haber atravesado doce líneas de las que componen el cuadro. Doce líneas nada más. Si atravesáis más —atorce, por ejemplo— no atináis en el pasatiempo. Si atravesáis menos de doce líneas —ocho, seis, nueve— no habéis resuelto el concurso. Doce líneas, y nada más.

### PROBLEMA

	1	2			
	L	A			
3			4	5	6
L			M	A	L
7	8				
A	L	A	M	O	
9					
P	O	S	O	S	
10					
A	T	A	R		

#### HORIZONTAL

- 1.<sup>o</sup> Artículo.
- 4.<sup>o</sup> Lo contrario de bien.
- 7.<sup>o</sup> Arbol.
- 9.<sup>o</sup> Sedimentos.
10. Sujetar.

#### VERTICAL

- 2.<sup>o</sup> Lo que hace el panadero.
- 3.<sup>o</sup> Marisco.
- 5.<sup>o</sup> Carino.
- 6.<sup>o</sup> Artículo.
- 8.<sup>o</sup> Personaje de Historia Sagrada.

**curso correspondiente a los números 9, 10, 11 y 12 de PINOCHO:**

- 1.<sup>o</sup> Una máquina fotográfica Kodak.
- 2.<sup>o</sup> Un mecano.
- 3.<sup>o</sup> Un relojito de pulsera.
- 4.<sup>o</sup> Un Pinocho de madera.
- 5.<sup>o</sup> Una «construcción».

Mil accésits consistentes en preciosos cuentos de Calleja.

Para esta tercera serie de concursos admitiremos soluciones hasta el día 1 del próximo julio.

### CUPÓN 12

♦ ♦ ♦ Concursos PINOCHO



# COLABORACION INFANTIL



Rosita en traje de baño.

ANA MARÍA GARCÍA.  
Diez años. Barcelona.

El maestro.—Vamos a ver, Julio; me ha nombrado usted a todos los animales domésticos menos uno. Fijese, hombre; aborrece el baño y se refocila en el fango.  
Julio.—(Creyéndose aludido). ¡Yo!

MARÍA LUISA BENAYAS.  
Diez años. Madrid.

—Acaba de entrar un gato negro.  
—Déjalo, pues dicen que los gatos negros traen la buena suerte.  
—¿Sí? Pues éste se ha llevado tu almuerzo.

MIGUEL CASAS.  
Nueve años. Córdoba.

—¿Ha ido usted a casa del dentista?  
—Sí; me ha sacado cuatro...  
—¿Cuatro muelas?  
—¡No! ¡Cuatro duros!

JOSÉ BAQUÉ.  
Doce años. Zaragoza.



Mi pueblo.

LOLA RECIO.  
Diez años. Madrid.



El jefe.—¡Infame! ¿Por qué me has robado a mis hijas?  
—Porque me gustan mucho las moras.  
El jefe.—¿Y dónde las cogiste?  
—¡En las zarzas!

ISIDRO ARCOS.  
Doce años. Madrid.



Pinocho, mi mejor y más querido amigo.

MANUEL FLORES.  
Doce años. León.



Chiste gallgo.

Entre un vendedor de lotería y un señor.  
—Chovendo, señorito... en 120 réas.

RAMÓN DÍAZ.  
Trece años. Coruña.



El botones.—¿A que no sabe usted quien inventó los coches?  
El cocinero.—Tú dirás.  
El botones.—Pues el pavo, que fué el primero que hizo la rueda

JOSÉ LUIS HERRERO. Trece años. Madrid.



En la pampa.

ANGELITA SOLER.  
Siete años. Madrid.

## A NUESTROS COLABORADORES

Para colaborar en PINOCHO debéis hacer los dibujos con tinta china, nunca con lápiz ni en colores. Los cuentos no deben pasar de cuarenta líneas escritas en una cuartilla corriente. Mandad los trabajos firmados con vuestro nombre y apellido, indicando el lugar de vuestra residencia y edad, y acompañados del cupón para «Colaboración infantil».

### ADVERTENCIA:

Son tantos los trabajos que recibimos, que no es posible publicarlos con la rapidez que desearíamos; pero todos irán publicándose por el orden que se vayan recibiendo. Por eso os recomendamos que tengáis un poco de paciencia.

Autopianos  
"MELODIA"-  
"VIRTUOLA"

REPRODUCTORES de los  
mas célebres pianistas  
del mundo



Pianos-Autopianos  
Harmoniums  
Virtuola. S. A.

Avenida Conde de Peñalver  
17 MADRID

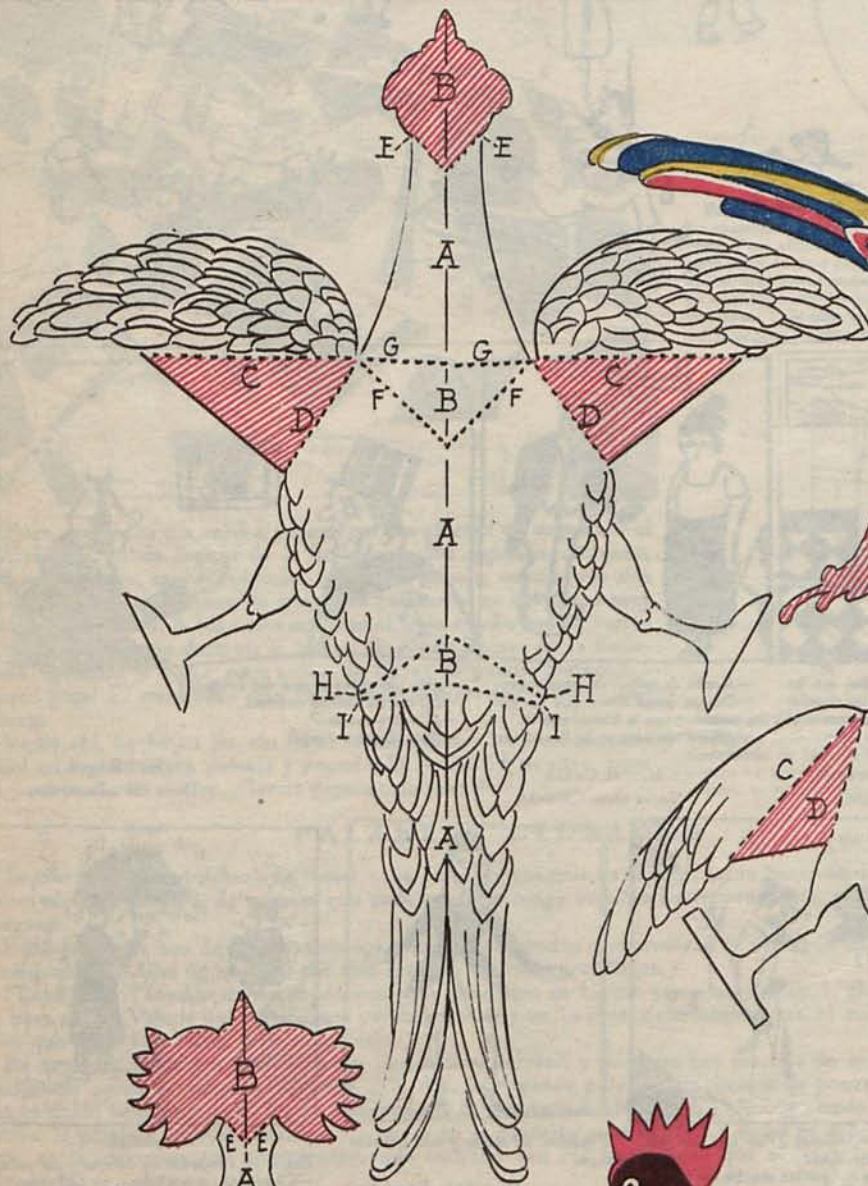
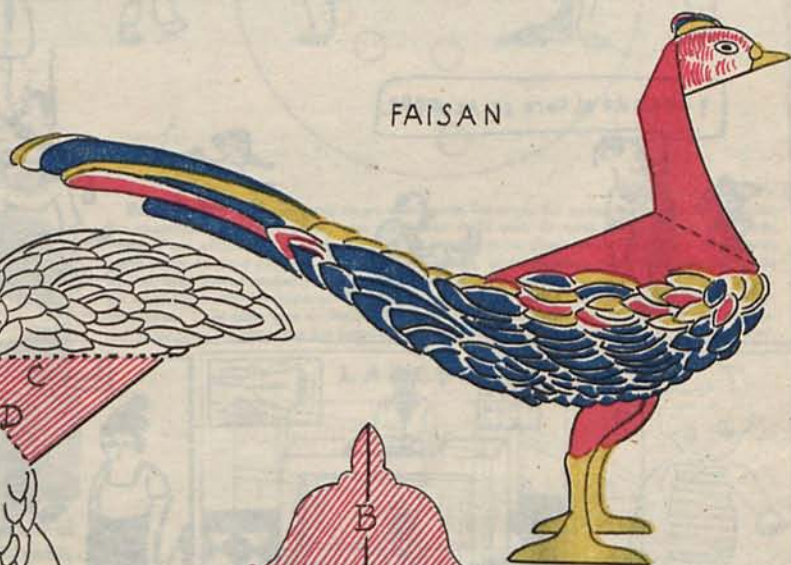


# SECCIÓN RECREATIVA



## FIGURAS RECORTABLES

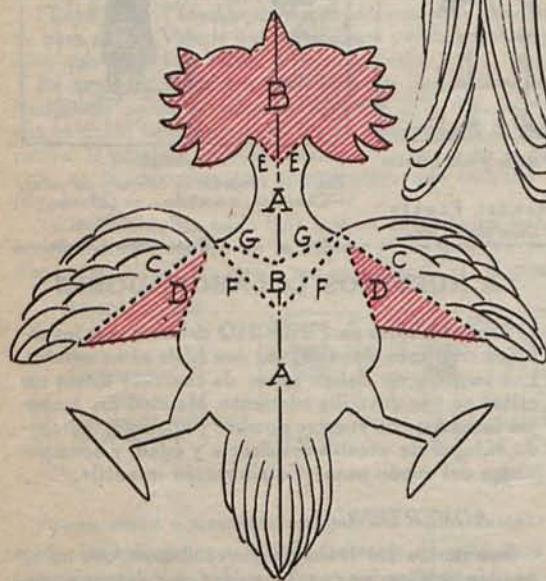
FAISAN



PAJARITA DE LAS NIEVES



GALLO



### INSTRUCCIONES

**Faisán.**—Recórtese por la línea exterior y dóblese por las líneas A, C, E, F y H hacia afuera, y por las líneas B, D, G e I hacia adentro. Péguase la parte de su cabeza rayada con líneas rojas, un lado con otro, y la parte rayada de sus alas contra el cuerpo.

**Pajarita de las nieves.**—Recórtese por la línea exterior y dóblese por las líneas A, C, E y F hacia afuera y por las líneas B, D y G hacia adentro. Péguase la parte de su cabeza rayada con líneas rojas, un lado con otro, y la parte rayada de las alas contra el cuerpo.

**Gallo.**—Recórtese por la línea exterior. Dóblese y péguese lo mismo que el anterior.

### NOTA IMPORTANTE

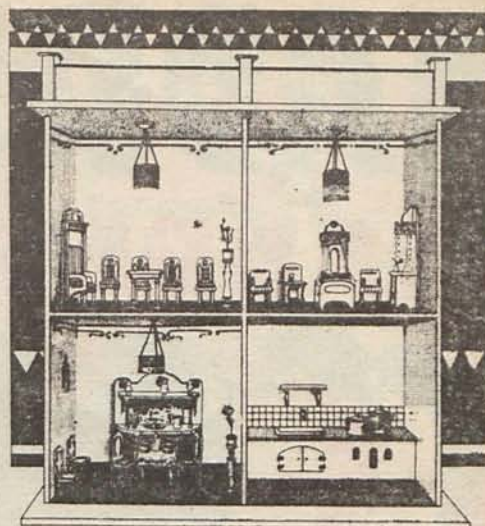
Con un trozo de papel, recortado y doblado convenientemente, según los modelos e instrucciones que os damos aquí, podréis construir estos preciosos muñecos.

Estas figuras no las recortéis del periódico, pues lo estropearíais; calcadlas sobre un papel grueso o cartulina flexible, y, así, aunque os equivoquéis alguna vez, podéis repetir hasta que acertéis a hacerlo bien. Una vez recortada y doblada la figura, la pintáis como el modelo.





Seis preciosas  
muñecas.



Dos lindísimas casas de muñecas  
estupendamente amuebladas.

Dos elegantísimos tocadores de tul  
y encajes, con su lámpara eléctrica.

Y DOCE COLECCIONES COMPLETAS DE LAS AVENTURAS DE PINOCHO Y  
CHAPETE, COMPUESTAS DE TREINTA Y TRES TOMOS CADA UNA

## ¿QUÉ HACE FALTA PARA TENER OPCIÓN A TODOS ESTOS REGALOS?

Para tener derecho a recibir un boletín con cincuenta números para el sorteo de estos juguetes es preciso suscribirse a PINOCHO por un año antes, del día 31 de mayo.

Y todos los suscriptores de PINOCHO por un año recibirán un boletín con cincuenta números para el sorteo. Los que se hayan suscritos por un semestre pueden ampliar su orden a un año, con lo cual tendrán derecho también a un boletín con cincuenta números para el sorteo de los regalos.

Los amigos de Pinocho que residan en Madrid y deseen suscribirse, deberán mandar una nota escrita con claridad, en la que indiquen nombre y apellido, señas y tiempo de la suscripción (un año o un semestre). El administrador pasará un recibo a domicilio al entregar el primer número. Los suscriptores de provincias y de América deberán mandar el importe anticipado en giro postal, cheque, etc.

Los suscriptores por un año tendrán derecho a recibir gratis tres tomos, a su elección, de los Cuentos de Calleja en colores, serie Pinocho-Chapete. Próximamente publicaremos la lista completa de los títulos de esta Colección.

La fecha y los detalles del sorteo se anunciarán oportunamente.

Cupón para el sorteo  
de regalos.

Cupón para  
cuentos.

## CORRESPONDENCIA

En esta sección contestaremos a cuantos nos consulten por escrito. Pero tengan en cuenta los que nos escriban que la contestación a sus cartas tardará en publicarse aproximadamente un mes, por necesidades impuestas por la confección del periódico. Eso sí, contestaremos a todo el mundo.

**Manuel Suárez Quintana.**—Tú puedes hacer mucho. Tú puedes mandarnos un buen cuentecito, ingenioso, bonito, digno de ti. Esperamos que así lo harás, y una vez hecho así, no olvides remitirlo a tu amigo Pinocho.

**Julio Jacinto.** (Madrid).—Pirula se ha reído mucho con tus bonitos dibujos. Se ha reído porque Pirula, cuando las cosas le parecen bien, se ríe. También le han gustado tus chistes. Pero no se ha reído, ya que Pirula, cuando le gusta los chistes, no se ríe. Todo queda admitido, amigo Julio.

**José Jacinto.** (Madrid).—Eres un buen discípulo de tu hermanito Julio. También queda en depósito para publicarse más adelante, cuando le llegue su turno, tu precioso trabajo.

**Correa.** (Madrid).—Agradezco tus buenos dibujos. Todo es excelente, admirable. Deseamos sigas en tan buen camino para que, ahora y siempre, sigas mandando trabajos al simpático semanario PINOCHO.

**José Mari Celis** (Villacañas).—Tus cuentos están bien, pero son muy largos. Procura que no pasen de las cuarenta líneas reglamentarias. Es preciso que colabores en la Revista. Pinocho lo desea fervientemente.

**Leocadio Pérez.**—Tus dibujos han de venir en tinta china. Es un consejo que he repetido muchas veces, querido Leocadio, y has de aplicarte inmediatamente.

**José Baqué Jiménez.** (Zaragoza).—Muy bien tu dibujo, muy gracioso tu chiste. Queda admitido y se publicará todo ello, conforme le llegue su turno, más adelante.

**Manuel Vidal.** (Madrid).—Tu dibujo es muy bonito. Deseamos, sin embargo, que mandes otro, cuyo chiste sea más a propósito que éste de ahora. Aseguro que podrás complacernos.

**Armando Leonarado.** (Madrid).—Admitimos tu dibujo, juntamente con tu gracioso chiste. Decididamente hay talento en tu cabeza. No me cabe duda.

**Adela y Antonio Covarr.** (Badajoz).—Pinocho y Pirula os envía un cariñoso saludo y os recomienda, con la más bondadosa intención, que les mandéis nuevos cuentos, llenos de la gracia e interés que vosotros podéis poner en ellos. Con esta esperanza, quedan afectuosísimos, de vosotros, Pirula y Pinocho.

**M. M.** (Barcelona).—Querido M. M.: Tus dibujos nos gustan; pero lamentamos muchísimo que no vengan con negrísima tinta china. Así, esperamos que lo harás en lo sucesivo. No olvidarás nuestro consejo; mandarás nueva cosas y, como estarán bien hechas, las publicaremos, amigo M. M.

**Ramón Díaz.** (Coruña).—Nos gusta tu dibujo, y se publicará. Eres un gran dibujante. Tus chistes, para lo sucesivo, deberán llegar en absoluto y purísimo castellano. Es necesario que todos los niños, lectores de PINOCHO, entiendan perfectamente lo que se publica en la Revista. Nuevamente te felicitamos por tu dibujo.

**Juan Manuel Fanjul y Sedeño.** (Madrid).—Eres un escritor que conviene a nuestra Revista. Tu cuento nos ha parecido bien, ingenioso, gracioso; pero... La verdad: nos da pena de Antónito, apaleado de manera tan horrible. Mándanos otra cosa. Tú puedes ser un asiduo colaborador de PINOCHO.

**María Cristina Chico de Guzmán.** (Madrid).—¡Admirable, María Cristina! Eres una niña muy lista, muy simpática y muy ingeniosa. Pirula te felicita por el acierto de tu cuento, que publicaremos con sumo gusto.

**Fernando Cogen.** (Madrid).—¡Cuánta inteligencia! También tu cuento, amigo Fernando, es una maravilla. Se publicará y causará, sin duda, la admiración de los lectores de PINOCHO. Palabra de honor.

**Alejandro Blend.** (Madrid).—Publicaríamos tu bonito cuento si hubiera en él más asunto, más trama. Sin embargo, confiamos en que será bueno, definitivamente bueno, lo que nos mandes nuevamente, y en esa confianza vivimos. Estamos deseosos de que publiques en nuestra revista.

**Rafaelito García Marsal.** (Barcelona).—Tu dibujo es encantador. Merece publicarse. Así se hará conforme le llegue su turno.

**Ana María García Marsal.** (Barcelona).—Te digo lo mismo que a Rafaelito. Publicaremos tu dibujo. Pinocho se alegra de tener tan buenos colaboradores.

**José Bordes Valls.** (Valencia).—Deseamos tus dibujos, juntamente con sus chistes. Lo que nos mandas hoy no viene, sin embargo, como recomiendo siempre, con negrísima tinta china. Es necesario que todos los lectores de PINOCHO que remitan dibujos no olviden nunca este sencillo consejo.

**Carmen de Góngora.** (Madrid).—Estamos muy contentos con el auto que nos has mandado. Muy bonita marca, muy bonita línea. Pirula se aprovechó del coche, como es natural, y se dió ayer un agradable paseo. Cuando llegue su hora publicaremos el dibujo, con chauffeur y todo.

**Luis de Góngora.** (Madrid).—A usted hay que tratarle con respeto, señor don Luis de Góngora. Publicaremos su dibujo. No nos atrevemos a decir más. Publicaremos su dibujo de usted.

**Rafael Gentil.** (Madrid).—Estoy seguro que podrás remitirme un cuentecito alegre, de verdadero interés. Eres un niño inteligente, muy ingenioso, y no te faltará la inspiración en el momento oportuno. Quedamos esperando.

**R. Salazar y Soto.** (Alicante).—Pinocho necesita dibujantes como tú, buenos dibujantes. Hemos quedado admirados al ver tu obra, que se publicará a su hora. Eres un artista, amigo R.

**Mario Salazar y Soto.** (Alicante).—Digno hermano de tu hermano R. También te felicitamos con efusión. Tu dibujo aparecerá en PINOCHO.

**Antonio M. de Vega de Seoane y Barroso.** (San Sebastián).—Deseamos que nos remitas otro cuento. Esperamos tu colaboración, seguros de tu éxito. No olvides el consejo de las cuarenta líneas y la letra clara, y todo lo demás que puedas poner en tu obra, bueno e interesante.

**Ángeles Benaya.**—Aún no hemos inaugurado la sección de charadas. Cuando se abra ésta, no olvides remitirnos tus bonitos trabajos. Están bien y merecerán publicarse.

**Angel Dofabelitia.** (San Sebastián).—Tus chistes son muy graciosos y quedarán aquí, cuidadosamente guardados, para publicarlos a su tiempo. Adios, Angelito.

**César Pérez García.** (Sevilla).—Tu cuento saldrá a la luz pública en las páginas de PINOCHO a su debido tiempo. Está muy bien. Para otra ocasión procura la más clara letra. Este es un consejo que, al dártelo a ti, quiero dar a todos los niños literatos que nos envían colaboración.

**Nieves Duparier.** (Madrid).—¡Admirable, Nieves! Estamos esperando que nos remitas otro cuento. Podrás complacernos. Conseguirás encantar a los lectores de PINOCHO. Que no publiquemos «Las tres hermanas» no quiere decir que estas tres hermanas no sean buenas, hacendosas y trabajadoras. Deseamos de ti, sin embargo, algo nuevo, un cuento como tú puedes hacerlo, simpático e interesante. Pinocho y Pirula, tus dos mejores amigos, te esperan deseosos de verse complacidos.

**Ricardo Pardo Pinto.** (Badajoz).—Publicaremos tu bonito dibujo, amigo Ricardo. Está muy bien hecho. Alégrate.

**Angelita García.** (Madrid).—¡Qué suerte tiene PINOCHO! Le llueven los buenos trabajos. Los tuyos, Angelita, son de los mejores y serán publicados a su tiempo.

**Marujita Claver.**—Tus dibujos están muy bien. Saldrán en las bonitas páginas de PINOCHO. Tu amiga Pirula lamenta muchísimo no saber de dónde eres. Tan sólo ha podido averiguar que te llamas Marujita Claver, que tienes nueve años y que, con esta edad y aquel nombre, eres una niña listísima, que dibuja muy bien.

**Francisco Bravo.** (Madrid).—Como a tu buen amigo Emiliano, te pedimos otro trabajo. Tú, como el gran Emiliano, sabrás complacernos admirablemente. ¿Entendido?



# MADRID-PARIS

## GRANDES ALMACENES



¡CURRINCHEE...  
YO QUIERO UN  
GLOBO!



¡VAYA USTED A  
**MADRID-PARIS**  
DON TURULATO!



¡QUERIDOS PINOCHISTAS! SI QUEREIS TENER  
UNO DE ESTOS PRECIOSOS GLOBOS DECID A  
VUESTROS PAPAS QUE COMPREN EN  
**MADRID-PARIS**

### TODOS LOS JUEVES REGALAMOS PRECIOSOS GLOBOS

Ayuntamiento de Madrid

TALLERES OFFSET